

Vivos en algún lugar aparente,
estos poemas resultan los hijos de una revolución
proscrita.

La inmensidad del cielo en un minuto, ¡señores pasajeros!

La epopeya del océano un millón de metros más abajo.

¡Abrochense los cinturones!

Porque tú no eres “linda”

yo ya no te quiero, porque vives en cuatro prisiones diferentes.

E un xesto quente cando garda-lo teu paquete
de cigarros Camel, na traseira
do teu pantalón.
Sur Sudoeste cando me bicas.

Un ataúd “pequeñito” cargado

en apariencia de piedras

y de humo.

La noche con aspecto de Zeppelin Marino.

He sido ladrón de relojes y

farmacias. Aquello es un árbol,

esto otro la calle.

Pienso... la noche crepita lentamente.

Cavilo... el órdago es vaticinio del futuro,

una suerte singular de amor imperecedero,

que abriga leve con su ardor, un sol de carne y hueso.

La lluvia espolea a su jinete albo en mitad del verano.

La bala declara la guerra.

Algo o alguien se delata refugiado complacientemente

en mitad del bosque. ¿El joven maniatado a la silla

de su caballo?

¿María Magdalena carente de alas? -Nunca llegaremos

a saber de quién se trata-.

¡Brisa irremediable!

¡Acércate! indisoluta criatura, muy similar a la flor

atrapada al fondo del estanque. -Sé cómo hacer fuego-, lo

aprendí de los antiguos: el sortilegio...,

todos lo conocemos.

Algunos niños

juegan a atrapar palomas en la plaza de la constitución, llevan y traen el alma en vuelo,
viven un tío-vivo de luces y colores, lucen más que las estrellas.

¡Violetas al viento!

Algunos niños juegan a atrapar palomas en la plaza de la constitución.

Banderolas de colores, carrusel de tonalidades diversas.

Visten trajes de domingo. Tío-vivo celeste. Vueltas y vueltas de la primavera.

Algunos niños juegan a dar caza a las palomas en la plaza de la constitución.

Tolvaneras del polen, balancín por el que la risa desciende, caballitos de agua salada
que bogan en la tarde.

Hablo alto, me divierto conmigo, diríase un paisaje esto que veo. Cuento diez veces
las horas con los dedos de mis pies.

Algunos niños juegan a atrapar palomas en la plaza de la constitución,

*gatitos azules y verde limón.

Alguien me convierte en naranja.

**Este título pertenece al libro de Lynne Duffy, autora del libro “Gatos azules y gatitos verde limón”.*

Oigo las máquinas expendedoras de tabaco

regurgitar monedas, infortunios:

se piensa en el cadáver de una guerra.

Cierta pareja se enamora, soy testigo, giran, bailan, acarician

el lomo pardo de los leones, soy testigo (lívido viaje trashumante a través de la bruma).

Reparo en situaciones que nunca han existido, se obvia que algo ha muerto.

Un automóvil azul, detenido al borde

del mundo (en difícil equilibrio), vale tanto o más que todos

los restantes misterios; punto absurdo y trivial a una realidad

tangible, presa de nervios en definitiva. La misma pareja charla animada

junto a mi corazón que late agitado por la cafeína.

Corta plumas, voraz violinista, mi corazón que con su astucia sacude la noche.

-Tome su paraguas- invito a mi paciente interlocutor.

Llueve. (Refugios mayores). No reviste importancia, no somos más que el mismo cadáver
repetido de la próxima guerra que se avecina.

El intruso vino a buscar mi auxilio anoche, pesaba próximo el amanecer.

-Debe ser usted sin duda, el cobarde, el bacante-.

-Culminaré ebrio mi enojoso viaje y me marcharé a casa- objeté -así son los peces-.

Una motocicleta huye a estrellarse calle arriba a velocidades inhóspitas, de este modo surgen los primerísimos pájaros. -El delirio alimentado por el meridiano de Greenwich- expuse al intruso al que yo “alimentaba”.

-A qué obedece esta pasión- requerí entonces, aún cuando

el día ha declinado amanecer, amanecer y anochecer sin transición.

Una mujer surge atareada de la espesura,

con sus bártulos pesados, calle arriba, calle abajo, quizá amenazada por el concierto que origina la luna. Principié entonces a caminar conmigo, me entretuve ante su puerta a conversar...

Absorto en mis propios pensamientos salí al patio, escruté la noche, busqué razones y no las hallé y hube de acabar aprisa, huir, desear reescribir un poema en llamas.

Escribir: el día se resiste a ser suyo. Es entonces
cuando todas las criaturas al completo, tan pertinentes ellas,
se animan a vivir los aconteceres
de forma diversa, en posesión de multitud de objetos; enarbolando
las novísimas banderas.

-La abrigo a usted contra mi pecho- duerme.

A su vez armo los cerrojos para que nadie habite este destierro.

-Crece usted Carolina Baker en mí con la semejanza
de las pulsiones voluminosas-.

-Resulta un hombre detestable-

-No es usted mejor, Carolina Baker- respondo -ora triste, ora feliz.

En la plaza de armas arden desencantadas las hogueras del destierro.

Carolina Baker ensueña.

-No se apure- señalo, inquieto en apariencia, a horcajadas sobre
la estatua ecuestre del dictador que jalona la plaza.

Todo esto no se traduce en otra cosa, más que en la decisión indómita y la tentativa
de escribir un poema; forjar flores en mitad de Octubre, en la curvatura
del amanecer, deseando con ardor que nos embargue la luz pretérita del alba.

Resulta pues interesante este poema: insólito prosélito;
un túnel que arrastra la apariencia y la oscuridad.

-De alguna otra manera hemos estado anteriormente aquí,
quizás en posesión de nosotros, pudiese ser también que ambos, yo y usted,
Carolina Baker, no fuésemos cosa distinta que el viaje ambivalente
que concibe un eterno parecido con todas aquellas flores; las cuales anteriormente
hemos descrito.

Diríase un hombre con los pies desnudos el que por mi espalda corre. Huyo a la ventana. Hago de mis manos esa premiosa lentitud latente que tanto nos acompaña; así de este modo tan desigual, con tan gran parecido a un cadáver. Pero no vayáis a creer que me haya muerto, digamos que predico blandamente. Soy lo más parecido a un animal natatorio, forzosamente empujado por la lluvia. Tras mis ojos alguien me ama, debiera ser yo mismo, mas he aquí que semejante criatura rebélase, y busca dentro de mi paladar árido aquello que antaño fue suyo, el amor que perdió por pretextar que sus propios sueños eran el equivalente de mi propia vida.

WESTERN

Arrastro la vida diferente de un poeta en ayunas.

Me recordé a mí mismo observando

todos aquellos árboles deshojados en el prometedor presente.

Rogué entonces... Recordé asimismo la historia

del pequeño hombre de barro.

John Wayne penetra al interior del café. -Con leche- exclama éste, los ojos turbios

y el cabello ralo, sendos revólveres al cinto. -Toc, toc, toc- “rezuman” los tacones

de sus botas sobre el entarimado. Analogías de la muchacha joven que toma café

encaramada en el taburete del “Saloon” y del gatito que juega distraído sobre sus rodillas.

-Feliz noche- añadió el árbol que hablaba.

Charlo con perfil de presidiario, estornudo, me rasco la nariz. Flaco favor hago
si no digo que mi trascendencia sólo sirve en ocasiones
para picar cebolla, hacer el pan, comprar uvas, leer versos. Siempre deseé
no ser más que la cúpula dorada de un campanario,
la razón de vivir y otras menudencias.

El tiempo que nos precedió no es otra cosa
más que un acompañante molesto en mitad de nuestro cumpleaños,
un solitario pájaro que se nos enrosca al corazón, repleto de inhóspitas tareas
por concluir.

Como consecuencia de todo ello
redacto versos con entusiasmo epistolar, tal una nota
aclaratoria a pie de página; versos escritos a los perros y a la noche amarilla,
cercano a los hoteles flanqueados por lujosas berlinas y muchachas pudientes
en el día de su boda:

“Sinceramente suya”, rezaba un sencillo mensaje.

A menudo me pregunto, después de todo esto, si será
necesario no armar ruido, estarse quieto.

Me cepillo los dientes, el cabello, hago mi cama, me
plancho las camisas, hago la colada.

CITIZENS

Acaso deba a éstos el fuerte cóctel del insomnio, y el amor también a ratos.

Giran y florecen las ululantes sirenas con un salto cualitativo y cuantitativo al vacío.

De este modo transcurre el equívoco, con poderosa apariencia a tango insomne y en tanto les observo soy por costumbre variadas veces yo mismo.

Únicamente estalla el humo del propio cigarrillo, el brillo material de las salas de cine.

Yo no sé cómo se sienta el alma, cuando

estando así, quieta, le llegan los aromas.

Qué decirle al mar los siete días exactos de la semana.

No alcanzo a anunciar, al hombre que se muere, palabras invariables repletas de

lluvia que cae.

Por mi piel andas tú sin comprometerte y todo aquello

que yo hable a la soledad habitada de este ajetreado antro de sordos, de nada sirve.

Al alto mar: océano entre grises, ocre. Y que el invierno termine por sorprendernos,

porque hoy se me ha hecho presente

el vacío. No el vacío vago de la flor sin su aroma, sino la densa,

irónica burla de las calles.

En el momento en que me “allego” a los barcitos a medianoche, jamás pido copa limpia o nueva después de haber bebido, es siempre la misma en la que bebo.

En el momento en que me agencio los barcitos de la madrugada, tal si fuesen míos, me parezco tanto a mí como yo mismo. Termino entonces por recordar por completo el pasado y traerlo a colación.

No son más que los barcitos que despliegan su calor y tibieza en la medianoche, con sus hombres y mujeres, ocupados en sus charlas, aquellos que me vuelven mediocre, algo sabio, un poquitín indecoroso, cínico y distante.

Existen algunas cosas (promesas) sinceramente bellas, reductos en los que el tiempo prorrumpe.

Más aún: Yo. Deseaba expresar yo quien camina, transición de verbos sin cumplir a los que escrupulosamente uno piel y huesos: yo.

Quisiera decir mañana, puesto que hoy soy ese otro, ese animal redundante que vigila pétreamente las aceras, con la oscura premonición de que sin duda suceda lo aparente, aquello que ha sucedido ya: hechos del pretérito.

Odiar y amar pueden considerarse objetos en réplica, dos junturas del presente: yo, odio y amor a partes iguales. Paseante primario de esta ciudad en la frontera de su ocaso. (Yo indeterminado).

Este mismo poema carece de la forma precisa de algunos otros poemas, mas al cabo requiere de la misma agilidad que tú; te habita y al igual que a mí te conmueve y agita y de este modo cada cosa ha de procurarse su color, su forma única.

La flor te entrego, hurtada de las rotondas,
lacia flor del jardín urbano.